



¡NO MAS COMEDIAS!

I

Corren los postreros días del año de mil ochocientos y pico y alborotados andan los vecinos de Anasco, en la ciudad de Durango. Anuncianse las representaciones de coloquios y pastorelas que, contra la opinión de un docto sacerdote, ha organizado el señor Don Jerónimo, ferviente católico, á beneficio de la iglesia parroquial de San Juan Bautista, pues años van y años vienen sin que se pueda concluir. Fáltanle las dos torres que según el plano debe tener, los altares y el decorado, y los feligreses, tan activos y zudivosos cuando empezó la obra, están hoy indiferentes ó rehacios.

Es necesario arbitrarse recursos, y Don

Jerónimo, honorable feligrés de aquella antigua parroquia, el alma del culto y de las obras materiales, á las que ha consagrado todos sus esfuerzos, formó una compañía para las próximas representaciones. El cantor, los monaguillos, el gaudul que estira los fuelles del órgano, el sacristán y algunas beatas, componen la flamante compañía. No hay en ella más persona extraña que el herrero Zenón, alto, de subido color trigueño, narigudo, bocón, de sobresalientes pómulos y ojos chiquirritines y meneadres, que chispean como la fragua, y que va á hacer el papel de diablo en las pastorelas, con gran contentamiento de señora Apolonia, esposa del herrero, que está segura de que Zenón hará un diablo nunca jamás visto.

Háse alquilado un antiguo mesón de gran patio. En el fondo se levanta un tallado para el escenario. El telón tiene fondo azul y cenefa color de rosa y amarilla, y en el centro una cara fenomenal, de enorme boca abierta, en la que el tizne y el bermellón han querido semejar humo y fuego. Es obra del sacristán, que por primera vez cultiva el arte de Apelles por expresa orden del señor Don Jerónimo, á quien todo el barrio ama, respeta y hasta venera.

Pintó, además, una decoración de sala y otra de bosque, que no le van en zaga al telón; pero donde el pintor agotó su ingenio fué en la decoración del infierno. En los bastidores y bambalinas, había sapos, culebras, alacranes y qué sé yo cuántas alimañas y en el telón de fondo, un volcán en erupción alrededor del cual los demonios atormentaban á los réprobos encadenados.

Las piezas preparadas y muy bien ensayadas para la representación, eran: "Adán y Eva," "San Alejo" y la "Venida del Mesías," y como el empresario, á pesar de que le habían dicho: no es bueno el dinero de las fiestas profanas para las obras consagradas á Dios, no dudaba que por el piadoso objeto en que se invertirían las utilidades, aquellas obtendrían varias representaciones, parecióle que eran suficientes para la temporada de invierno, bastante crudo en aquel año.

Para amenizar las veladas preparó también un par de sainetes, y prometíase que harían al público desternillar de risa. Descollaba en estos sainetes, Bonifacio, travieso monaguillo, y Petrita Vázquez, muchacha sandunguera, con más sal que el jamón, según afirmaba Don Jerónimo. Era morena, de vivos almen-

drados ojos, boca grande, de gruesos labios, baja de talie y muy bien formada. He aquí á la primera dama de la compañía.

La madre de Petrita era la característica. La pobre mujer había vivido siempre recluida en su hogar y no sabía de la misa la media, es decir, no tenía ni pizca de conocimiento de las fórmulas sociales. Aunque de pocas pulgas, era buena y sencilla, y en recuerdo de su difunto esposo accedió á las instancias de D. Jerónimo, pues según pregonaba la fama aquél había sido por muchos años el indispensable diablo en todas las pastorelas, y como diablo no tuvo nunca rival. Además, quería llevar su contingente á la buena obra que se preparaba, segura de que su sacrificio al exhibirse en público, le alcanzaría el perdón de sus pecados, la mayor parte de los cuales eran de tontería, es decir, por ésta originados, pues si el ser tonto fuese pecado, míseros de nosotros, estaríamos condenados en vida.

II

La calle que bajando el puente de Anasco conduce al templo, está llena de curiosos. Frente al mesón, en altos mecheros,

arden astillas de "ocote" y en el pretil de la azotea, candilejas de aguarrás. Media docena de pitofleros tocan en el zaguán una pieza tras otra, hasta agotar su repertorio, y los muchachos saltan gárrulos y alegres.

Don Jerónimo no pesa una onza: va de aquí para allá y viene de allá para acá; ora dirige un piropo á los músicos ó una palabra de aliento á los actores; ora ordena que los asientos en el patio se coloquen bien; ora da á Petrita una untada de albayalde en la cara y otra de carmín en las mejillas; ora, en fin, ayuda á nuestro padre Adán á embutirse el traje de media más estrecho que los calzoncillos de un avaro.

Los duranguenses, inclusive los más empingorotados, hicieron honor á la invitación de Don Jerónimo, y el patio del mesón, alumbrado también con candilejas de aguarrás, está rebosante de concurrentes.

A las ocho en punto suena la campanilla, y los músicos lanzan al aire las notas de sus instrumentos. Después, álzase el telón y preséntase á la vista de los espectadores el paraíso terrestre. En el centro está el malhadado árbol que produjo la fruta que todavía amarga hasta á los que no la comimos, y la maldita

serpiente en él enroscada abre las mandíbulas, y en los largos y agudos dientes sostiene la mortal golosina.

Aquel paraíso no cautiva á los espectadores, no obstante que Don Jerónimo afirma que la perspectiva es encantadora; pero los concurrentes están de guasa y aplauden frenéticamente. Este aplauso desterró la vergüenza de los noveles cómicos, que empezaron á declamar á gritos. Notábase que los actores no hallaban qué hacer con los brazos; indudablemente para hablar necesitaban sólo de la boca, ¿para qué los querían? Tal embarazo desapareció tan luego como en la escena hubo dos ó más personajes, pues todos seguían los ademanes del que hablaba, con gran placer de los oyentes, que entusiasmados palmoteaban.

En la representación de "Adán y Eva ó Nuestros Primeros Padres," no hubo más de dos incidentes dignos de mención. Uno de los monaguillos, que hacía pocos meses había perdido á su padre, fué silbado por algunos muchachos discolos con motivo de un tremendo "lansus lingue," y en la misma escena dijo llorando á uno de sus compañeros:

—Ya lo ves, estos son los resultados de la muerte de mi papá.

El otro hubiera tenido graves conse-

cuencias, á no ser por la oportunidad y rapidez con que cayó el telón. Las cintas del vestido de punto de hilo de nuestro padre Adán estaban detenidas de una flor de papel de china colocada en el centro del estómago. El público vió en esto un adefecio y el más atrevido de los espectadores, ahuecando las manos en los extremos de la boca, gritó:

—¡Que se quite nuestro padre Adán esa flor del ombligo!

Una carcajada sonora y prolongada contestó aquel grito, y poco después varios en coro repetían:

—¡Que se quite nuestro padre Adán esa flor del ombligo!!!

Y nuestro padre Adán, impertérrito, seguía declamando más entusiasmado que nunca; pero acercase á uno de los bastidores, tras del cual estaba Don Jerónimo, y excitado, nervioso, saca la diestra garra, arranca la flor y... cae el telón.

Las risas de los concurrentes ya no tuvieron límite; los hurras y los bravos sucedíanse sin interrupción. Varios de los concurrentes, golpeando el suelo con los pies y con los bastones, clamaban:

—¡Otro, otro!

Y los pitosfleros de "motu proprio" to-

caron diana, acto que les valió un anatema de Don Jerónimo.

En el coloquio de "San Alejo" la gente sencilla lloró enternecida con el triste é interesante argumento sacado de la vida del santo; los demás concurrentes divirtiéronse mucho con los tipos cursis. Sólo Petrita arrancó legítimos aplausos, pero su madre llevó un susto terrible. En lo más animado de la representación, quíbrase una de las no muy resistentes tablas del escenario, y la pierna derecha de la característica húnçese y desaparece, y sostiénese apenas, hincada en la rodilla de la otra. Don Jerónimo sale corriendo de entre bastidores y da la mano á la actriz para que salga del atolladero. Esta, con mucha calma, da una lengüetada á la palma de los dedos de la diestra mano, y á la vista del público úntase la saliva en la rasgada pantorrilla.

Aquella escena, según la frase de un espectador, valió por toda la pieza y la hilaridad fué interminable.

III

Para asistir á la pastorela hay inmenso alboroto; á las seis de la tarde estaban agotados los boletós y fué necesaria la intervención de la policía para impedir

la entrada á muchos que por fuerza querían penetrar al patio.

Apolonia, desde las cuatro de la tarde ocupó su asiento anhelante de ver á su esposo, el maestro herrero, en el honorífico papel de Satanás. Iba bien provisto de cacahuates y piloncillo para entretenir la impaciencia de la que espera algunas horas.

El maestro herrero tenía un vocejón capaz de causar alferesía á todos los niños del barrio, y como se puso cuernos y cola, estaba hecho un verdadero demonio. El libreto de la pastorela había sido adicionado por Don Jerónimo con parlamentos de otros libretos y escenas de las que más interesantes le parecieron. Era una miscelánea digna de aquella velada.

Al salir Zenón del infierno echando chispas, fué recibido con nutridísimos aplausos. Hablaba con lentitud y acompasadamente, quizás por la costumbre de oír la regularidad de los golpes del martillo. Aquello fué una sorpresa; el herrero superaba sin duda á todos los actores, y aun los más exigentes admitieron que Zenón revelaba grandes aptitudes para el teatro.

Al final de un acto, Lucifer tenía que montar en un caballo volador para ir no sé á qué regiones á hacer sus diablu-

ras. Mas he aquí que el caballo que, sostenido por gruesas reatas, bajó bien del techo, no pudo subir con la misma facilidad, y quedóse suspendido en los aires á la mitad del camino con Zenón en él montado, quien asido á dos brazos del cuello del alado animal, se inclinaba, haciendo horribles muecas, ya hacia adelante, ya hacia atrás, según que las cuerdas movían al caballo, y por último, cayó en medio del foro con todo y la bestia, porque uno de los muchachos soltó la reata y Bonifacio solo no pudo con el peso del diablo y su cabalgadura, y á no soltar la cuerda, hubiera también caído.

La ovación fué inmensa, pero al maestro herrero súpole á cuerno. Apenas cayó el telón, asió por un brazo á San Miguel, que había sido el autor de tamaño desaguisado, y en la feroz contienda, á diferencia de la que hubo en el cielo, quedó victorioso el diablo, cuyos bríos no pudieron domar ni el coro de ángeles formado por los alumnos de la escuela parroquial.

La madre de Petrita, desde las primeras escenas, vió de reojo al maestro Zenón. Hacía un diablo muy aceptable, y esto era en desdoro de la gloria del difunto esposo de la característica.

Apolonia, al ver la terrible caída de

su esposo, atravesó presurosa por entre la concurrencia, subió al escenario y puso como nuevo á Bonifacio, que hacía de San Miguel.

—¡Calle la boca de escorpión! repuso la característica. ¡Como si el marido de usted fuese tan buen diablo! Diablos irán y diablos volverán, pero diablo como mi difunto esposo no ha habido ni habrá otro en todo Durango.

Aquellas palabras fueron chispa eléctrica para Apolonia, y tras de la riña del herrero y el acólito, siguió la de Apolonia y la de la característica, á mordiscos y arañazos, y Don Jerónimo, con toda su energía y oportuna intervención, no podía separar á las contendientes.

Así terminó la temporada de representaciones, y como corolario de éstas, el caballo blanco, es decir, Don Jerónimo, se vió hundido en un maremagnum de censuras y chismes, tanto más dolorosos, cuanto que generalmente venían de los suyos.

La magullada característica acusaba á Don Jerónimo de haber sido el correve-dile de Bonifacio, que engatusó á Petrita y meses después pasaban la sabrosa luna de miel en el pueblito de la Fábrica del Tunal. Calumnia que hacía enfermar de cólera á Don Jerónimo, cuyo ca-

rácter era antítesis de su alma, pues era aquél tan malo como ésta buena.

Acordóse entonces de la frase que tantas veces le habían repetido: No es bueno el dinero de las fiestas profanas para las obras consagradas á Dios.

—¡Castigo de mis culpas! clamaba arrepentido. ¡Por estas pejuergas de coloquios hánme venido desazones tantas! ¡No más comedias, Jerónimo, no más comedias!